



REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN
PREVENCIÓN DE DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

DESASTRES Y SOCIEDAD

Enero-Julio 1994 / No.2 / Año 2

Especial : Tragedia, Cambio y Desarrollo

REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN PREVENCIÓN DE
DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

LA RED

Red de Estudios Sociales en Prevención de
Desastres en América Latina

1994

TABLA DE CONTENIDO

OLAVIDE, LOS DESASTRES Y EL SIGLO DE LAS LUCES2

TERESA O EL TERREMOTO DE LIMA4

PABLO DE OLAVIDE.....4

Fragmento.....4

OLAVIDE, LOS DESASTRES Y EL SIGLO DE LAS LUCES

Pocas figuras históricas y literarias tienen una contextura tan polémica y universal como la de Pablo de Olavide (Lima 1725 – Baeza 1803), oidor de la Audiencia de Lima en su Juventud y reconstructor de la ciudad de Lima, luego del violentísimo terremoto que la dejó en ruinas en 1746 y más tarde uno de los protagonistas de la ilustración Europea. Su personalidad y los avatares de su existencia impusieron su nombre a lo largo y ancho de Europa y América y a ello seguramente contribuyó el carácter legendario de su tierra natal: el Perú de Xauxa y El Dorado.

Político, abogado, teólogo, traductor, dramaturgo y novelista, además de poeta y filósofo, Olavide en su azarosa existencia debió resistir a consecuencia de su desempeño como reconstructor de los Reyes, un juicio de la Inquisición en Madrid que lo condenó a 18 años de la reclusión y al despojo de todas sus propiedades. Tras fugar y exiliarse en Francia, participa dentro del movimiento intelectual de los enciclopedistas y el propio Diderot bosqueja su biografía en 1782, dando una resonancia inusitada a su proceso inquisitorial. En la Francia pre-revolucionaria traba amistad con Voltaire, D'Alambert, Condorcet y con John Adams. Representantes de las reveldes trece colonias y futuro presidente de los Estados Unidos. Vive intensamente el París convulsionado de 1789 y es reconocido por la Convención como ciudadano francés¹ la terrible decepción que le causará el Terror Rojo (y que lo llevó por tercera vez a la prisión) lo alejó de la actividad pública, recluyéndose tras su liberación en un castillo del Loira, donde se entregó a una febril actividad creadora. Se abocó entonces a escribir textos teológicos, pero sobre todo a la redacción de una docena de “novelas morales”, que vieron la luz póstumamente.

Una de aquellas novelas, “Teresa o el Terremoto de Lima”, narra las desventuras que ocasionó el violento sismo del 28 octubre de 1746 y el Tsunami que lo siguió y que dejó el Puerto del Callao literalmente bajo las aguas. La referida narración no pasaría de ser una curiosidad literaria, si no fuera porque el propio Olavide fue encargado de la reconstrucción de la capital del Perú, por el virrey Manso de Velasco y vivió en carne propia la tragedia, pues perdió a sus padres y a una hermana sepultados bajo las ruinas. Acusado de malos manejos debió partir a España para encarar el ya referido juicio ante el tribunal del Santo Oficio y finalmente la cárcel en 1754. Se le condenó entre otras cosas por malversar los dineros de la reconstrucción al reedificar y ampliar el Teatro Principal de Lima, labor en la que no ocultó sus pasiones artísticas.

Como novelista, Olavide es también un abanderado y adelantado y se inscribe como autor representativo de la novela sentimental europea del siglo XVIII, la que todavía no había enraizado en España. Como sabemos, la novela es ante todo un género de la modernidad, que en el período de las luces no abandona el didactismo ejemplarizador. Sólo medio siglo después la novela tendrá una finalidad puramente estética contra el Realismo.

¹ DEFOURNAUX, MARCELIN (1959) *Olavide ou le 'afrancesado'*, Paris, Presses Universitaires.

“Teresa o el Terremoto de Lima” además de describir el desastre con precisión y verosimilitud nos revela una cosmovisión extraña para los tiempos coloniales. Olavide desliza una serie de acotaciones en torno a la naturaleza de los desastres y el proceso de reconstrucción subsiguiente. Señala por ejemplo, con una sorprendente capacidad analítica que:

“Cuando en una numerosa población cada uno se ocupa en reparar sus pérdidas, los vestigios suyos pueden subsistir todavía por mucho tiempo; pero no tarda en establecerse una especie de orden y se reproducen los recursos a cada instante. Fue lo que sucedió en este muy memorable terremoto”.

La precoz vocación racionalista de Olavide se manifiesta claramente cuando no considera los desastres como un azote de Dios, sino como un estricto fenómeno natural, superable a través de un orden racional. Ello no implica que los personajes dejen de expresar su realidad a partir de sus creencias religiosas, las que por otra parte no tienen efecto alguno sobre la estructura novelesca, que esta construida sobre la voz de un narrador omnisciente.

Según Estuardo Núñez, “El temblor de tierra –frecuente fenómeno natural en muchas regiones del pacífico-ocupó la imaginación literaria de autores coloniales de poesía (Oña, Caviedes, Peralta, Miramontes, Barco Centenera) y fue objeto de referencias de crónicas (calancha, Bernardo de Torres, Juan Meléndez) y en relaciones históricas (Suardo, Mugaburu), pero el tema no se incorpora ni la teatro ni al género narrativo. Olavide es el primero en el Perú y en Hispanoamérica que incorpora en el ambiente de fenómeno natural una trama novelesca...”³

³ OLAVIDE, Pablo de (1987) *Obras Selectas*, Estudio Preliminar, recopilación y bibliografía de Estuardo Núñez, Lima, BCP.

TERESA O EL TERREMOTO DE LIMA

Pablo de Olavide

Fragmento

Iba á terminarse el día 28 de octubre, y se presentaba el navío delante de Callao á las diez y media de la noche, cuando el mar, sin causa ninguna visible, se hinchó, y bramó con furia: El prudente capitan reconoció los anuncios de un terremoto. Mandó forzar de velas para largarse: esta sola precaucion preservó el buque contra una inevitable pérdida. Una media hora más tarde el mar inundó el puerto, y las tierras situadas mas allá, hasta mas de una legua; aun se tragó á los mas de los infelices que se salvaban en Lima. De veinte y tres navíos que habia en el puerto, se fuéron á fondo diez y nueve y cosa asombrosa, si semejantes desastres no fueran auténticos, arrojó el mar los otros cuatro bien adelante tierra dentro.

Reinó el espanto toda la noche á bordo del navío; pero ninguno estaba mas sobresaltado que D. Alonso. No le quedaba duda de que se hubiera estendido el terremoto hasta Lima; y juró volver á hallar á Teresa, viva ó muerta, con peligro de sus dias. "¡Quien sabe, decia, miéntras que esperaba con una indecible impaciencia la vuelta de la luz, quien sabe si aquel Dios tan tremendo, cuando confía á los elementos el cuidado de sus venganzas, no me ha traído de lo último del mundo para salvarla! ¡La veré á lo ménos, la veré, aunque fuera en medio de las ruinas!"

En el siguiente día, se acercáron á la costa. Volvia á entrar el mar en su lecho, pero no existia ya Callao. Muchos hombres de la tripulacion pidieron licencia al capitan para ir á tierra. ¿Es menester decirlo? La humanidad no era el móvil de algunos; y los mas arrostraban contra los peligros, con la esperanza de proporcionarse un botin fácil y precioso.

D. Alonso participó al capitan, que él no quería tardar un momento en ir á verse con el Virey, si estaba vivo todavia. Remontáron la playa, por espacio de una legua, y se desembarcó, por medio de una lancha, un cierto número de marineros encargados de conocer la estension del desastre. Miéntras que ellos hacian por acercarse á Callao, se marchó D. Alonso en derechura a Lima, por medio de la llanura inundada todavia.

Encontró en el camino á uno de los infelices habitantes del puerto, cuyos destrozos estaban cubiertos entónces con la arena; este le notició, que, de siete mil personas que formaban la población de Callao, ciento cuando mas sobrevivian.

Con semejante nueva, y con semejantes vaticinios, se adelantó D. Alonso hácia la capital del Perú; en la víspera todavia, encerraba ella, en un recinto de dos leguas, sesenta mil almas.

Cuanto mas se aproximaba á ella, tanto mas consideraba el mal como irreparable; de tantos templos, monasterios y hospitales que se elevaban en medio de las casas, ni siquiera uno había resistido el azote destructivo; todo estaba cubierto de escombros; y se reconoció después que únicamente veinte y cinco casas se habian libertado de la ruina general.

Juzgando D. Alonso la suerte de la poblacion de Lima con arreglo á la de los habitantes de Callao, creyó que iba á hallar errante, en aquellas vastas ruinas, cuando mas un millar de infelices. Esperimentó un afecto casi semejante á la alegría, cuando vió que el número de las víctimas era comparativamente bastante pequeño. "Se cree, le dijo un habitante, que por medio de las precauciones que se habian tomado de no elevar mucho nuestras casas, no tendríamos casi que echar ménos mas que una docena de nuestros conciudadanos.

-Ah! es mucho todavía, es muchísimo! exclamó el jóven Español; y dando profundos suspiros, voló hacia el sitio en que estaba seguro de hallar á lo ménos las ruinas de la casa de D. Ramiro.

Encontró en el camino al Virey, D. Josef Marso y Velasco, cuya prudencia y zelo se inmortalizáron con esta horrenda catástrofe en el Perú. Este ilustre gefe de una poblacion desesperada daba las órdenes mas necesarias. Llegóse á él D. Alonso, y le preguntó, dándosele á conocer, si podia darle algunas noticias de D. Ramiro. Su boca no pudo proferir nunca el nombre de Teresa. El Virey le respondió que no tenia ninguna; pero añadió que, en aquellos primeros momentos de desórden y terror, no podia asegurarse nada, y que no era imposible que volvieran á hallarse en lo sucesivo muchos de los que se miraban como perdidos para siempre.

Apartóse de él D. Alonso no ménos sobresaltado que ántes. Habiendo llegado á una plazuela, descubrió a unos hombres ocupados en ahondar hoyas, hácia las que transportaban algunos cadáveres. Todos tenian la cara descubierta, como en el instante en que la muerte los habia cogido. En ellos habia un crecido número de mugeres jóvenes. Armándose D. Alonso del necesario valor, se atrevió á echar atentas miradas sobre sus rostros. Creyó estar seguro de no haber reconocido á Teresa; pero al aspecto de uno de los últimos cuerpos, estuviéron sus fuerzas para abandonarle; tuvo la certeza de tener á la vista á María privada de vida, á María cuyas facciones estaban grabadas en su memoria de un modo indeleble; porque la memoria de los enemigos es, á pesar nuestro, tan durable como la de las personas amadas! Ignoraba que ella no vivia, ya con su hija, y desesperó de volver á ver nunca á Teresa, a la que creyó envuelta en el desastre de su madre.

El amor sin embargo le dió valor. No estaba quizas mas que herida; quizas respiraba debajo de las ruinas, en las que unicamente su amante tendria deseos de buscarla. Pensó de nuevo que el Cielo podía haberle conducido por medio de tantos mares para ser libertador suyo; y se sintió resuelto á no aflojar en sus indagaciones.

A pesar del horrendo trastorno que contristaba sus miradas, volvía á hallar, en la situación de las calles, plazuelas, y principales edificios, el medio de guiarse. Alcanzó á ver por último el jardín, y se vió cerca de aquella reja que le debía ser tan bien conocida.

Estaba echada á tierra juntamente con la pared; entró D. Alonso, y vió á dos criados ocupados á transportar en medio de los arbolillos y flores que el azote no había perdonado, algunos objetos preciosos que ellos deseaban conservar á su amo.

"¿Le creen Vms. pues salvado? les dijo él vivamente."

Respondieron que enviados en la mañana de la víspera á una posesion rural poco distante, con la mayor parte de sus compañeros, no habían vuelto á la ciudad mas que unas dos horas hacia, y no habían hallado, en casa de D. Ramiro, á amos ni criados; añadiendo uno de ellos que probablemente habían huido.

D. Alonso juzgó que mas bien estaban sepultados debajo de los escombros. Alabó el zelo y fidelidad de aquellos hombres, y les prometió que serían recompensados en todo evento por él y por el Virey; pero les rogó que fueran á registrar, en compañía suya, las ruinas y vastos sótanos de la casa.

"Ah! señor, respondió uno de ellos, no saldríamos de allí. Piense Vm. que la tierra está temblando todavía, y que el mal se halla léjos de terminarse. ¿Es ahora el momento de meterse debajo de los destrozos?"

No discurría mas que con mucha certitud, porque hasta el 29 de noviembre, es decir por espacio de mas de un mes, se esperimentáron unos sesenta temblores, entre los que hubo algunos violentísimos. D. Alonso, sin oírle, se encaminó hácia las ruinas de la casa.

Cubrían muchos destrozos la entrada de una escalerilla subterránea. Aquellos hombres que le habían acompañado, al mismo tiempo de repetir que él corría á una muerte segura, le ayudáron á abrirse un camino; pero persistiéron en su negativa de bajar con él.

Anduvo errante al principio en la obscuridad; dando al cabo muchos pasos, descubrió alguna cosa blanca que recibía una escasa luz de un respiradero bastante angosto.

Se abalanzó gritando, y no logró respuesta ninguna; pero bien presto sintió á sus pies el cuerpo de una muger. Juntando todas sus fuerzas, le acercó á la estrecha lumbrera. Un rayo de luz cayó sobre su descolorido rostro; creía ya tener en sus brazos á Teresa, y no dudó mas de ello entónces.

Qué momento! Estaba ella sin sentido, y no parecia haber recibido heridas; pero únicamente los débiles latidos de su corazon diéron á conocer á D. Alonso que estaba viva todavía.

La llevó hácia los escalones, gritando á los criados que acudieran al socorro de su ama.

Habian ensanchado ellos ya la entrada de la escalera; fuéron á recibirle, y pudo D. Alonso colocarla por último en una camilla de descanso, en el patio; no teniendo á lo menos mas que el cielo encima de su cabeza.

En medio del desastre, muchos objetos volvian á hallarse casi intactos. Un criado fué volando en busca de una botella de agua espirituosa que él habia llevado al jardin. D. Alonso fomentó con ella las sienas de Teresa, se la hizo respirar, y aun le echó algunas gotas en la boca; y tuvo la indecible dicha de verla recuperar sus potencias.

Se habia vuelto ella, como D. Alonso lo esperaba, una perfecta beldad. Púsose de rodillas delante de Teresa, sosteniendola siempre; en aquel momento, el terremoto, Lima, el universo entero quedáron olvidados. No vió mas que á Teresa restituida á la vida de un modo casi milagroso, y por sus solicitudes y rendimiento.

Desde que ella le echó de ver, dió un grito, y temió D. Alonso que Teresa se desmayara de nuevo; pero se hizo, por el contrario, en ella una repentina revolucion. Echóle á él unas miradas fijas, y que, poco á poco, se animáron con un fuego extraordinario; y le dijo en fin:

"D. Alonso! D. Alonso! en donde estoy, y que ha pasado?"

Enagenado de gozo de que ella le reconocia, la instruyó de todo en breves palabras.

Recordando entónces Teresa sus ideas, le dijo: hago memoria de ello, sí, sin Vm. parecia yo.

La suplicó con encarecimiento que tomara un poco de vino que un criado habia traído en una taza.

Obedeció ella; pero apénas habia tocado sus labios en la vasija, cuando exclamó, como asaltada de una repentina idea:

"D. Alonso! libertador mio! el Cielo le proporciona á Vm. la única recompensa digna de sí: salve Vm. á su amigo, salve Vm. también á Ramiro!"

Seria imposible espresar lo que este apasionado amante experimentó, cuando oyó salir esta súplica y nombre de la boca de Teresa. No tuvo sin embargo un momento de hesitación, y exclamó al punto: "Voy volando allá, en donde está?"

- Cerca del sitio en que Vm. me ha hallado, dijo ella".

Fué volando D. Alonso á la escalera, y le acompañó un criado esta vez. Descubrieron efectivamente un cuerpo tendido por tierra; y cuando le alzaron, oyeron salir de él un sordo gemido.

Era D. Ramiro: el movimiento le reanimó algo; pero le vieron en un estado lastimosísimo. Además de muchas contusiones en los brazos y piernas, tenía el estomago como roto; y cuando recuperó perfectamente el sentido, no cesó de respirar con trabajo.

Un pabellon, situado en uno de los ángulos del jardín, se habia conservado harto bien; y en las presentes circunstancias, aquel accidente acababa de hacerle el parage mas habitable de la casa. A él llevaron los criados á su amo. D. Alonso condujo allá á Teresa, que se apoyaba sobre su brazo; y D. Ramiro que le reconoció al cabo, expresó una sorpresa tan grande como la de su muger.

"Si, es D. Alonso, dijo Teresa, á quien el Cielo ha hecho venir de España para salvarnos..."

- Y para obtener su recompensa," añadió D. Ramiro tomando las manos de ámbos con las desfallecidas suyas.

Teresa se sonroseó, y le dijo que ella habia enviado a saber si, en el desastre general, podria encontrarse algun médico.

"De un sacerdote necesito" respondió D. Ramiro.

Viéndole D. Alonso en menor peligro, pensó que la humanidad le prescribia buscar tambien á los tres criados que se habian quedado al lado de sus amos. Quería volver á la casa, con esta mira, acompañado de otro criado: pero este hombre acudió, y participó que él acababa de verlos muertos a todos tres. Los habia aplastado la caída de un techo en la dispensa en que él buscaba luz para recorrer los sótanos. Se dedicó lo restante del día á abrir un cuarto pasadero para Teresa; estuvo allí á lo ménos sola bajo la custodia del amor.

Las órdenes del Virrey hicieron venir provisiones en abundancia á la ciudad é impidieron así un hambre, que en los primeros dias, la destrucción de los hornos parecia hacer inevitable.

Cuando, en una numerosa poblacion, cada uno se ocupa en reparar sus pérdidas, los vestigios suyos pueden subsistir todavía por mucho tiempo; pero no tarda en establecerse una especie de orden, y se reproducen los recursos á cada instante. Fué lo que sucedió en éste muy memorable terremoto.

Muchas piezas del suelo bajo se hicieron habitables en casa de D. Ramiro. Se volviéron á encontrar los mas de los efectos todavia en estado de servir; y pasada una semana, pudo tenerse la certeza de no carecer de cosa ninguna.

Teresa no habia esperado este instante para mandar buscar a su madre. Dejóla al principio D. Alonso en la ignorancia de su suerte, á fin de no participársela por sí mismo, y porque, en rigor, podia haberse engañado. Cuando vió que ella no podia conseguir noticia ninguna de su madre, ni esperaba ya volverla á ver, le dijo D. Alonso lo que él habia visto, en la plazuela, al tiempo de su llegada á Lima. Teresa le apretó la mano, alzó los ojos al cielo, y miró a su amante.

Qué de cosas encerraba aquella mirada! D. Alonso la comprendió; pero no dijeron uno ni otro cosa ninguna que pudiera acusar la memoria de María. Su hija, por el contrario, se arrodilló y oró por ella, en el bosquecillo mismo en que se hallaban.

Desde el primer instante de tranquilidad, Teresa y D. Ramiro ya habian hecho en pocas palabras á D. Alonso la relación de lo que les habian acaecido. Habian enviado la mayor parte de los criados á la casa de campo, á que ellos mismos debian ir al siguiente dia. El terremoto sobrevino, cuando ellos estaban en la sala en que D. Alonso habia visto por la primera vez á Teresa. El piso se hundió. Cayéron á alguna distancia uno de otro; pero algunos destrozos del piso superior hicieron profundas heridas á D. Ramiro. Su muger no padeció mas mal que su caida y terrores. No sabian uno ni otro como ellos habian pasado la noche y una parte del dia, hasta la llegada de D. Alonso. No recuperaban el sentido en la obscuridad mas que para volverle á perder. y como no eran oidos sus sordos gemidos, es probable que el hambre sola hubiera bastado para hacerlos perecer sin aquel impensado socorro.

"Se ha servido Vm. á sí mismo, decia D. Ramiro á su amigo; me muero sosegado; dejo Teresa á Vm., y he podido reparar los sentimientos que he causado á Vms ámbos.

Aunque hacían por interrumpirle cuando él hablaba así, su muerte les parecía segura y próxima. Hicieron cuanto dependía de ellos para suavizarla en todo lo posible; últimamente, habiendo tenido D. Ramiro muchas conferencias secretas con eclesiásticos y escribanos, espiró en los brazos de su mujer y de su amigo, quince días después de la primera aparición del azote que introducía el duelo en tantas familias.

La administración gubernativa recuperó poco a poco su curso. D. Alonso fue a ver con frecuencia al Virrey quien, cuando hubo tratado con él los negocios del Estado, le habló de los suyos. Cinco años no habían debilitado en Lima la memoria de sus amores con Teresa. El Virrey participó al joven Español que habiendo recibido D. Ramiro los veinte mil pesos, los había impuesto inmediatamente en los fondos públicos por cuenta de su amigo. Por su última voluntad, dividía sus restantes bienes entre D. Alonso, que había salvado los días de Teresa, y Teresa misma. Se daba así mismo el parabién de que D. Alonso le hubiera proporcionado la ventaja de mostrarse justo y reconocido antes de morir. Los exhortaba finalmente a ambos a acordarse de él, y unirse con vínculos sagrados.

Cómo D. Ramiro no tenía más que parientes lejanos, se halló que él había procedido con equidad. D. Alonso y Teresa no podían concebir al principio como un tan espantoso desastre había sido el camino de la felicidad para ellos. Las pérdidas experimentadas en la casa de Lima eran corta cosa, en comparación de los cuantiosos bienes de que ambos se hallaban ahora poseedores, y el tiempo no había alterado nunca su amor.

Creyeron pues que, libre uno y otro, podían entregarse a una inclinación que les parecía más bien obra del cielo que de sus propios corazones. Teresa observó el año de su luto con una rigurosa exactitud; y aun indujo a su amante a diferir todavía por seis **meses su enlace**. Pero últimamente, en esta postrera época y cuando Lima, salida de sus ruinas, era ya una nueva ciudad, se efectuó su unión. Un gran concurso de los principales habitantes se apresuró a presentarse en la solemnidad que unió sus destinos para siempre.

A pesar de los vínculos que debían aficionarlos a la mansión de aquella ciudad, un crecido número de amargas memorias los enagenaba de ella. Formaron el proyecto de ir a España. Teresa, que no conocía este país, quería vivir en Sevilla, en que había nacido su marido. Realizaron en algunos meses su caudal; y después de un viaje, que no les pareció largo con la dicha de hacerle juntos, fueron en fin a pasar unos felices días en la capital de la Andalucía.